cuello, cuán feliz soy y que agradecido os estaré siempre por haberos acordado de todo eso.

—El abate exagera, dijo Edmunda con malicia.

—¿Y qué? le dije estrechando sus manos fuertemente, me habeis hecho sufrir siete años, y os arrepentís hoy de haber pronunciado tres palabras que me consuelan?...

—No, no debemos arrepentirnos de lo pasado; nos hubiéramos perdido miserablemente los dos, si, tal como eras en aquel tiempo, no hubiera yo tenido juicio y valor por ambos. ¡Dónde estaríamos hoy, gran Dios! Habrías tenido que sufrir todo el peso de mi caracter severo y orgulloso, porque me habrías ofendido desde el primer día de nuestra unión y te habría castigado abandonándote, ó dándome la muerte ó matándote á tí mismo, porque ya sabes que en nuestra familia se acostumbra á matar desde la infancia. Lo que hay de cierto es que habrías sido un marido detestable, que me habrías avergonzado con tu ignorancia, que habrías querido oprimirme, y nuestro matrimonio entonces hubiera sido un infierno. Esto hubiera causado la desesperación y la muerte á mi padre, y bien sabes que para mí era mi padre antes que nada.

Hubiera tal vez arriesgado fácilmente mi propia suerte, si hubiese estado sola en el mundo, porque tengo un carácter temerario: pero mi padre *debía* ser feliz y respetado: habíame educado en la felicidad y en la independencia, y jamás me hubiera reconciliado conmigo misma si hubiera privado á su vejez de los bienes que había derramado sobre toda mi vida. No creo que sea virtuosa y grande, como dice el abate; pero amo, y amo con vehemencia, con exclusión, con perseverancia. Te he sacrificado á mi padre, querido Bernardo, y el cielo que nos hubiera maldecido si hubiese sacrificado á mi padre, nos recompensa hoy, entregándonos probados é invencibles el uno al otro. A medida que has crecido á mis ojos, he conocido que podía esperar, porque tenía que amarte largo tiempo y temía ver desvanecida mi pasión antes de haberla satisfecho, como sucede á las pasiones de las almas débiles. Eramos dos caracteres de excepción; necesitábamos amores heróicos, y nos hubiéramos parecido uno á otro muy malos, amándonos como se aman las almas vulgares.

XVII

Al terminarse el luto de Edmunda, época fijada para nuestro casamiento, nos volvimos á San Severo. Cuando abandonamos esta provincia, donde habíamos experimentado tantos disgustos y desgracias, creimos que jamás llegaríamos á sentir la necesidad de regresar á ella, y sin embargo, es tal la fuerza de los recuerdo de la infancia y el lazo de los hábitos de-

mésticos, que en el seno de un país encantador y que ninguna amargura nos recordaba, habíamos echado de menos á nuestra Varenne, triste y salvaje, y suspirado por los añosos árboles de nuestro parque. Entramos, pues, en él con una alegría profunda y respetuosa. El primer cuidado de Edmunda fué coger las más hermosas flores del jardín, é ir á depositarlas de rodillas sobre el sepulcro de su padre. Besamos aquella tierra sagrada é hicimos el juramento de trabajar incesantemente por dejar un nombre respetable y venerado como el suyo, pues sabido es que el caballero había llevado esta ambición hasta la debilidad; pero debilidad noble y santa digna de respeto.

Celebróse nuestro matrimonio en la capilla de la aldea, y á nuestro banquete de boda solo asistieron Arturo, el abate, Marcasse y Paciencia. ¿Qué necesidad teníamos de espectadores extraños á nuestra felicidad? Tal vez hubieran creido dispensarnos un favor viniendo á cubrir con su importancia las manchas de nuestra familia. Nos bastábamos á nosotros mismos para estar contentos y ser felices. Nuestros corazones abrigaban tantas afecciones, cuantas podían contener. Eramos demasiado orgullosos para solicitar la amistad de nadie y estábamos demasiado satisfechos unos de otros para aspirar á ninguna cosa mejor.

Paciencia volvió á su cabaña, y rehusando siempre hacer la menor alteración en su vida sobria y retirada, volvió á tomar en ciertos dias de la semana sus funciones de *gran juez y tesorero*. Marcasse permaneció en mi compañía hasta su muerte, que acaeció hacia fines de la revolución francesa: creo que le pagué su lealtad y sincera adhesión con un cariño ilimitado y una amistad franca y desinteresada.

No os contaré la felicidad que gocé con mi noble y generosa Edmunda, desde el dia de nuestra unión. Años como aquellos no se refieren muchos; ni hay hombre que, después de haberlos perdido, pudiera decidirse á vivir, sino hiciera todos sus esfuerzos para no recordárselos demasiado. Dióme ella seis hijos, de los cuales cuatro viven todavía y se hallan ventajosa y honradamente establecidos. Me lisonjeo de que acabaran de borrar la memoria deplorable de sus antepasados. He vivido por ellos y para ellos, porque tal fué la orden expresa que me dió Edmunda en su lecho de muerte. Permitidme que no os hable de otra manera de esta pérdida que estoy llorando hace solamente diez años, porque la siento tanto como el primer día, y no trato de consolarme, sino de hacerme digno de reunirme en un mundo mejor, después de haber cumplido mi tiempo de prueba, con la santa compañera de mi vida. Ella ha sido la única mujer que he amado; jamás ninguna otra ocupó mi pensamiento, ni atrajo mis miradas;

porque tal es la naturalera de mi caracter; lo que amo, lo amo eternamente, en el pasado, en el presente y en el porvenir.

Las tempestades de la revolución no destruyeron nuestra existencia, y las pasiones que encendió no turbaron nuestra felicidad doméstica, y abandonamos con gran resignación, creyendo hacer un justo sacrificio, la mayor parte de nuestros bienes á las leyes de la república.

El abate, aterrado con tanta sangre vertida renegó á veces de su religión política, cuando, las necesidades de la época sobrepujaron á la fuerza de su alma. El fué el Girondino de la familia.

Edmunda tuvo más valor sin tener menos sensibilidad; mujer y compasiva, sufrió profundamente al ver las miserias de todos los partidos, lloró todos los males de su siglo; pero jamás despreció la grandeza santamente fanática. Permaneció fiel á sus teorías de igualdad absoluta. En la época en que las actas de la Montaña irritaban y desesperaban al abate, le hizo generosamente el sacrificio de sus arranques patrióticos, y tuvo la delicadeza de no pronunciar jamás delante de él ciertos nombres que le hacían extremecer, y que ella veneraba con una fuerza de persuación que jamás he visto en ninguna mujer.

Por lo que hace á mí, puedo decir que mi educación fué formada por ella: durante todo el discurso de mi vida, me abandoné enteramente á su razón y sensatez; cuando el deseo de representar un papel popular vino á tentar mi entusiasmo, me retrató manifestándome que mi nombre paralizaría toda mi influencia sobre una clase que desconfiaría de mí y que me supondría deseos de apoyarme en ella para rehabilitar mi patriciado. Cuando el enemigo se halló á las puertas de la Francia, me envió á servir en calidad de voluntario; cuando la carrera militar llegó á ser un medio de ambición, y la República fué anonadada, me llamó y me dijo: «Ya no te separarás nunca de mi lado.»

Paciencia representó un gran papel en la revolución. Fué nombrado por unanimidad juez de su distrito. Su integridad, su imparcialidad entre el palacio y la cabaña, su firmeza y su sabiduría, han dejado recuerdos indelebles en la Varenne.

Durante la guerra tuve ocasión de salvar la vida á M. de la Marche y ayudarle á pasar á país extranjero.

Tales son, según creo, dijo el viejo Mauprat, todos los acontecimientos de mi vida en que Edmunda representa un principal papel. Lo demás no vale la pena de ser contado. Si hay alguna cosa buena y útil en esta narración, aprovechadla, jóvenes. Apresuraos á tener un consejero franco, un amigo severo y no ameis al que os adula, sino al que os corrige.

No creais demasiado en la frenología porque yo

tengo la protuberancia del asesinato demasiado desarrollada, y como decía Edmunda en sus días de alegría melancólica, en nuestra familia se aprende á matar desde la infancia. No creais en la fatalidad, ó al menos no exhortéis á nadie á que se abandone á ella. He aquí la moral de mi historia.

Diciendo así, el viejo Bernardo nos obsequió con una buena cena, y al despedirnos, nos dió las gracias por la complacencia con que le habíamos escuchado. ¡Ojalá, benévolo lector, que no te arrepientas de la tuya!

FIN